

VIACRUCIS JÓVENES

ESTACIÓN	VIDEO O LECTURA (CON IMAGEN)
I. Jesús es condenado a muerte	Canto de Hakuna https://open.spotify.com/track/3RXhBTRteM9nS1Enggaude?si=e4e29c49ff5b46fd
II. Jesús con la cruz a cuestas	LECTURA
III. Jesús cae por primera vez	VIDEO
IV. Jesús se encuentra con su Santísima Madre, María	VIDEO Canto de Hakuna https://open.spotify.com/track/5Pav5v4KuJLFbum4VGL5Ku?si=a7bb86897578445a
V. El cirineo ayuda a llevar la Cruz de Jesús	LECTURA Canto de Hakuna https://open.spotify.com/track/4ofyi2MTkppGdaHViln62J?si=dcfcf5b76e784c70
VI. La Verónica enjuga el rostro de Jesús	LECTURA
VII. Jesús cae por segunda vez	LECTURA
VIII. Jesús se encuentra con las mujeres	LECTURA
IX. Jesús cae por tercera vez	VIDEO
X. Jesús es despojado de sus vestiduras	LECTURA
XI. Jesús es clavado en la Cruz	VIDEO
XII. Jesús muere en la Cruz	VIDEO
XIII. Jesús es bajado a los brazos de María	VIDEO Canto de Hakuna https://open.spotify.com/track/4LFnaNrPChE1u6CpwD0TLA?si=4cdbd72536d74fb4
XIV. Jesús es sepultado	LECTURA Canto de Hakuna

https://open.spotify.com/track/5zPhRIHCb6izkY5uw2UxxJ?si=cbf20228bab34126

INTRODUCCIÓN

Aquí estamos un año más, porque aquí está Él un año más.

Lo hizo una vez y para siempre, por eso, siempre vuelve a cargar la cruz, Su cruz, la cruz de todos nosotros, la cruz de todos los que sufren, la cruz de los más inocentes, la cruz de los mayormente necesitados y también la cruz de los jóvenes.

Nosotros somos jóvenes, jóvenes cristianos, jóvenes que buscan el rostro de Dios, jóvenes de esta época y de este tiempo, con las energías e ilusiones, propias de la juventud; pero también con las tristezas, los sufrimientos, las cargas, las heridas y pesos que llevamos sobre nuestros hombros, como nuestra propia cruz.

Hoy queremos decirle a Jesús que no está solo cargando la cruz, que nosotros estamos con Él, que nosotros la vamos cargando también. Pero así mismo queremos decirle que nos ayude a cargar nuestra cruz de cada día.

Si Él está, podremos con nuestras cargas; si Él está, no nos derrumbaremos por nada; si Él está, haremos completo el camino de la vida sin darnos por vencidos.

Oremos: Señor Jesús, Tú que recorriste completo el camino de la vida, como lo anunciaron los profetas, como lo contempló en su corazón tu pobre Madre, como te lo pidió tu misericordioso Padre, no permitas que las cargas de la vida nos aparten de nuestro propio camino y danos tu fuerza y tu valentía para caminar nuestra vida hasta el final.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

PRIMERA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús es condenado a muerte.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo y a mi, pecador.

Han elegido a un delincuente y asesino para dejarlo libre y al bello, al inocente, al pacífico y al bueno, lo condena a la cruz y a la muerte.

Y ahí están también los jóvenes, juzgados por tantos, juzgados por el mundo. Se dicen tantas cosas de ellos: que no tienen valores, que son superficiales y vacíos, que son pura apariencia; que las muchachas de hoy son fáciles o débiles. Que los muchachos son viciosos y están perdidos. Hasta de labios de sus propias familias oyen frases como “no sirves para nada”, “siempre me has decepcionado”. Y cuántos terminan juzgándose a sí mismos y deseando no vivir más porque, al fin de cuentas, siempre sienten que les fallan a todos.

Y, sin embargo, ellos esperan que alguien los mire a la cara, a los ojos y los quiera conocer de verdad antes de juzgarlos, antes de condenarlos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, tú el injustamente juzgado, el inocente condenado, míranos con tus ojos llenos de amor y misericordia y revélanos nuestro verdadero rostro, para que no juzguemos por apariencias, sino que conozcamos nuestra verdad, nuestra bondad y nuestra belleza.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús con la cruz a cuestas.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo y a mi, pecador.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,20)

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo. La burla, los salivazos, las bofetadas, la corona de espinas y los azotes, todo lo recibía Jesús en soledad, sin nadie que hablara en su favor, sin nadie que pidiera clemencia, sin nadie que le consolara, sin nadie que sintiera piedad por sus llagas o por sus heridas o por sus lágrimas. Y luego, cuando las risas habían terminado, le cargaron la cruz y lo sacaron para llevarlo al Calvario o al Gólgota. Jesús había dicho que quien quisiera estar con Él debía negarse a sí mismo, cargar con su cruz y seguirlo; pero nadie ha querido o ha podido hacerlo. Porque el único que se ha negado a sí mismo por amor es Él, el único que ha elegido cargar la pesada cruz es Él, porque el único decidido a pasar por el camino que lleva al Gólgota es Él.

Y ahí estamos también muchos jóvenes, ahí estamos solos, cargando la cruz. Pareciera que no existe la soledad porque estamos conectados por redes, porque recibimos mensajes de texto, porque nos dan algún “me gusta” por una foto o una frase. Pareciera que no existe la soledad porque tenemos treinta o más compañeros, porque hay gente en casa, porque como dicen los adultos “a ti no te falta nada”.

Y, sin embargo, cuánta soledad. Cuánto querer y hablar y contar lo nos que pasa por dentro, pero nos tragamos los secretos y nos atragantamos con tristezas. Y miramos alrededor y no hay nadie o casi nadie que nos escuche, nadie o casi nadie que nos comprenda, que nos consuele o que nos ayude a llevar el peso, el inmenso peso de nuestra cruz: cruz de soledad, cruz hecha de recuerdos dolorosos, cruz de todo lo que pesa la vida, cruz de todo lo que atemoriza, cruz, en todo caso, que es pesada y difícil de cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú, el abandonado, el que cargas solo la cruz, míranos a solas, con miedo, con dolor, cargando también nuestras propias cruces y acompáñanos con tu amor y tu consuelo y no nos dejes sentir solos y abandonados. Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

TERCERA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús cae por primera vez

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo y a mi, pecador.

¡Ay! ¡Cuántas caídas las de los jóvenes! ¡Cuántas veces dicen con nostalgia, o con vergüenza: “es que volví a caer”. Cuando éramos pequeñitos nos costó un montón de esfuerzo aprender a pararnos sin tambalearnos. Pero luego, aunque pareciera que no, hemos caído y seguimos cayendo.

La primera caída es la que nos cambia, la que nos hace caer en el foso de la falta de autenticidad, cuando nos dicen: “no seas tú mismo, con tus valores y virtudes, transfórmate para ser como todos los demás, con sus mismos defectos y vicios. Consume lo que todos consumen, haz lo que todos hacen, deprímete como todos se deprimen, húndete como los demás se hunden, disfrazate con modas y belleza externa y entrégate para que te usen como la mayoría están dispuestos a hacerlo”.

Y cuando estés caído, lámentate de tu suerte, compadécete de ti mismo. Golpea aún más tu pobre autoestima y no se te ocurra creer en alguien que te ame y te pueda salvar, porque lo que quiere este mundo es que estés caído por completo.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, caído por nuestro amor, caído para levantarte y seguir andando con la cruz, míranos en nuestra primera caída, en la caída que nos aparta de los mejor de nosotros mismos, en la caída que nos aleja de la belleza y bondad auténticas que pusiste en nosotros, y danos tu fuerza para que, como Tú siempre lo haces, nos volvamos a levantar para andar completo el camino de la vida.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

CUARTA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús se encuentra con su Santísima Madre

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo y a mi, pecador.

¿Y los jóvenes? ¡Cuántos ni siquiera tienen una madre! Unos porque nunca la conocieron, han tenido que llamar “madre” a una abuela, a una tía, a un recuerdo fugaz. Otros, porque su madre está muy ocupada en ella misma. Otros porque la tienen ahí, pero como si no estuviera: paga cuentas, regaña, hace mercado, pero qué poco escucha, qué poco abraza, qué poco besa, qué poco sale al encuentro.

Y otros porque han olvidado la manera de llegar a su madre y de dejar que su madre llegue a ellos, se quieren, pero no se lo dicen; se necesitan, pero no se les nota; se desean, pero no saben salirse al encuentro y lo que queda en el aire son palabras frías, enojos y enfados, la pelea tonta de ayer, continuada hoy y para continuarla mañana...

Recuerda que Jesús también nos entrega a su madre, ahí, en la Cruz. Ella nos cuida, ella nos ama y nos protege, ella nos dice "No temas ¿no estoy yo aquí, que soy Tu madre?"

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú que tuviste el maravilloso regalo de tener ahí a tu Santísima Madre, míranos y concédenos hallar también el amor materno, ese amor que se sacrifica por los hijos e hijas, ese amor que lo da todo por los demás, ese amor capaz de la más grande entrega.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

QUINTA ESTACIÓN

El cirineo ayuda a Jesús a llevar la cruz

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo y a mi, pecador.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 21-22)

Y a uno que pasaba, de vuelta del campo, a Simón de Cirene, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota, que quiere decir lugar de «La Calavera». Se llamaba Simón, era de la lejana región de Cirene. Pasaba por ahí. Y lo forzaron.

Nadie lleva una cruz por elección, nadie, solamente Jesús. Todos los demás hacemos grandes esfuerzos para no cargar nada, ni propio, ni extraño.

Todo lo queremos fácil, llevadero, liviano y si nos cuesta soportar lo que nos toca a cada uno, más aún nos cuesta cargar lo que les toca a los demás.

Un hombre obligado pasó a la historia como quien ayuda a cargar la cruz; pero él no es el verdadero ayudador. Porque el único, el único que realmente ayuda a los otros a cargar la cruz es Jesús y es Jesús el verdadero y auténtico Cirineo que carga nuestras cargas con nosotros.

¡Cómo buscan ayuda! ¡Cuánto la buscan! Es verdad, que tal vez no la buscan donde la verdadera ayuda está. Porque lo que buscan en el placer es un poco de ayuda para soportar la carga de la vida, y lo que a veces buscan en los vicios, en las horas jugando, contando intimidades a los amigos, no es otra cosa que un cirineo que les ayude a soportar el peso de la cruz. Pero como esa ayuda no aporta, el peso sigue ahí, por completo y ahí están los jóvenes, mirando si alguien viene a ayudarles a cargar su soledad o sus tristezas o sus recuerdos más dolorosos o sus problemas familiares, sus heridas del alma o sus pocas ganas de vivir, su amargura o sus vicios y errores. Pero no abundan los que ayudan. No abundan los cirineos.

Y el único que realmente les ayudaría y daría la vida por ellos, no es el que ellos buscan y, por eso, como no lo buscan, no lo reciben y no lo dejan cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú que aceptaste la ayuda forzada del buen Simón, míranos necesitados de ayuda, necesitados de que cargues nuestras cargas, porque a veces no podemos más, porque en ocasiones creemos que ya no podremos andar.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 2-3)

Sin figura, sin belleza. Lo vemos despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado.

La piedad cristiana ha pensado que era imposible no conmoverse con su sufrimiento y por eso se creyó que alguien, alguien muy valiente, mujer tendría que ser, se acercó a Jesús entre los soldados y la multitud y le limpió misericordiosamente el rostro. Y la tradición ha pensado que ese rostro, el rostro del más bello de los hijos de los hombres, el rostro que reflejaba el esplendor de la Gloria de Dios, lleno de escupitajos y moretones, de heridas y sangre, quedó impreso en el lienzo de aquella mujer. No sabemos quién era, solo que lo amaba lo suficiente para tener compasión de Él y que Él le dejó como regalo su rostro.

Ahí, ahí en el rostro se notan todas las heridas, ahí, en la carita aunque lavada o maquillada, se ve la huella profunda que deja el dolor. Tal vez por eso los jóvenes usan tantas máscaras, porque temen mostrar su verdadero rostro y prefieren disimular. La máscara de la risa que oculta las heridas causadas por la tristeza; la máscara de la autosuficiencia, que oculta las heridas marcadas por los miedos e impotencias; la máscara del "no me pasa nada", que oculta el "me pasa de todo"; la máscara de los gozos fáciles y los placeres superficiales, que maquilla las heridas y moretones dejados por la vaciedad y el sinsentido.

Y entonces, también los jóvenes buscan quién les limpie el rostro, quien lave esa cara, manchada de escupitajos y bofetadas, con moretones para que vuelva a aparecer el rostro original, el verdadero rostro que Dios les dio.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú que diste a Verónica el gran regalo de tu rostro, vuelve tu semblante hacia nosotros, ilumínanos con la luz de tu mirada y lava en lo más hondo de nuestro ser, tu imagen manchada por nuestras heridas.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53,5)

Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes.

Nuestro castigo saludable cayó sobre Él, sus cicatrices nos curaron.

No sabemos, no lo sabemos a ciencia cierta, no sabemos si fue así; pero nos imaginamos que entre el Pretorio y el Gólgota Jesús tuvo que haber caído varias veces. Al fin de cuentas, nadie cae solo una vez.

Esa cruz tan pesada, más pesada aún por la tristeza y la soledad, más pesada aún por las culpas y los pecados de todos, por una historia completa de la humanidad que sabe tanto de horrores y sufrimientos, quebraba sus fuerzas y, por ello, nos imaginamos que Jesús volvía a caer.

Pero misteriosamente sacaba fuerzas para volverse a poner en pie, pues su misión no terminaría hasta estar en la cruz, entre el suelo amargo y el cielo lleno de nubes.

Y sí, los jóvenes vuelven a caer. Hay quienes caen otra vez en los vicios, otros que caen de nuevo en la depresión. Hay los que vuelven a caer en el autolesionarse o los que caen en los defectos que creían superados, a los errores que prometieron no volver a cometer. Y vuelven a caer con esas compañías que tanto daño les han hecho, y hay jóvenes que vuelven a caer justo con la misma persona que las hizo sufrir antes y las hará sufrir otra vez. Porque la primera caída es dura, pero caer otra vez es peor, pues se pierde la confianza en uno mismo.

Y, sin embargo, hay que levantarse, porque la misión no es quedarse caído, sino recorrer el camino hasta el final.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú no eres el caído, sino el levantado, el que es levantado en lo alto para atraer a todos hacia Ti, por eso levántanos con tu amor, levántanos a la fe y a la esperanza, levántanos a la vida verdadera y al auténtico amor.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23,27-28)

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren por ustedes y por sus hijos». Eran las plañideras, las que tenían como misión lamentarse por los demás. Lloraban, aullaban, se revolvían los cabellos, gemían como parte del cortejo que iba junto a Jesús. Pero no, no era por Él por quien había que llorar. Había que llorar por otros. Jesús les dijo que por ellas mismas y por sus hijos, porque más que Jesús, eran ellas y ellos quienes habrían de ser golpeados por el dolor que causa la maldad.

El pecado hace daño, siempre hace daño: daña la naturaleza, daña la belleza del mundo, daña a los animales inocentes, daña a la creación, daña a los niños no nacidos, a los que acaban de nacer, daña a los jóvenes, daña el corazón del ser humano.

Por eso hay que llorar para no ser insensibles al dolor del daño que hace el mal, para al fin tener la fuerza para luchar contra eso que nos hace daño a todos. Uno de los anhelos más hondos de los jóvenes es el de encontrar quién los acompañe a llorar.

Los grandes amigos, son esos que lloran con uno, los que sienten como propio el dolor que uno lleva por dentro. Pero no basta con llorar juntos. Eso por lo que lloramos es lo que nos hace el mundo, lo que nos hemos dejado hacer. Si hay amigos no es para sentarnos a llorar, sino para luchar juntos, para resistir juntos, para sobreponernos juntos, para sanar juntos, para vivir bien la vida juntos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, tú que nos enseñaste a tomar conciencia de que era de nosotros mismos de quienes debíamos tener piedad, ábrenos los ojos, no para que lloren más, sino para que veamos la verdad y viéndola hagamos lo que tenemos que hacer para sanarnos a nosotros mismos y sanar el mundo que nos rodea.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

NOVENA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús cae por tercera vez.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura de la carta del Apóstol Pablo a los Filipenses (2,6-7)

Y ahí están los jóvenes que necesitan ser alzados.

“Levántense” les dice Jesús, “no se lamenten más. No nacieron para revolcarse en su barro, ni para arrastrarse por el lodo de sus vergüenzas, ni para chapotear en el fango de sus problemas y dificultades.

Vamos, levántense. Miren su belleza, es la belleza alzada hasta Dios. Miren su verdad, es la verdad divina en ustedes. Miren su bondad, es la misma bondad con la que Dios lo hizo todo y vio lo que había hecho y era bueno, muy bueno”.

Ya sabe Dios que caerán una y otra vez; pero también sabe, lo sabe aún más, que en Jesús han sido alzados con infinito amor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, perdónanos por tanta caída, perdónanos por lo fácil que volvemos a caer, sabes que somos frágiles y temerosos y que nuestros propósitos se agotan en un instante; pero Tú, levántanos a tu altura, álzanos contigo a la Gloria y no nos sueltes jamás.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 23-24)

Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como no tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí: «No la rompamos. Vamos a sortearla, para ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura que dice: Se repartieron mis vestiduras y sortearon mi túnica.

Esto fue lo que hicieron los soldados.

La tradición siempre ha creído que la túnica era hermosa, hecha de una sola pieza, hecha por el amor de su Madre, la llena de Gracia. Traía puesta otra túnica, una que Él eligió libremente, la túnica de nuestra carne y sangre, la túnica de nuestra humanidad.

Y en ese momento supremo, cuando al fin la andadura lo había llevado al Gólgota, le arrancaron las vestiduras y lo dejaron únicamente con nuestra túnica puesta, la túnica de nuestra desnudez. Dicen que se veían claros los moretones, la carne desprendida por los crueles azotes; Dicen que estaba sin vida, que había adelgazado mucho en pocas horas, que se podían contar sus huesos.

Y, a pesar de todo, ahí estaba el milagro de su cuerpo entregado por amor, igual al que había entregado en el pan consagrado, hermoso como Dios es hermoso, débil, como nosotros somos débiles.

Los jóvenes son despojados de sus vestiduras, despojados de su dignidad. Despojados en la pornografía, en ese inmenso y lucrativo negocio, los jóvenes contactados por el monstruo que les pide fotografías íntimas a cambio de migajas de ternura, a cambio de la promesa de tener un amigo, a cambio de un bonito regalo, a cambio de unos sucios billetes. Los jóvenes ofreciendo su desnudez para probar su amor, para asegurar “una relación” en sus vidas, para demostrar su “libertad”.

Un mundo que despoja a los jóvenes de su dignidad, y lo hace sin escrúpulos, sin remordimientos, sin compasión.

Porque desnudos, sí, desnudos, se les puede vender mejor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú que no tuviste reparo en vestirme con la túnica de nuestra humanidad, revístenos con tu vida divina, revístenos de Ti, con tu amor, con tu valor, con tu bondad y protégenos cubriéndonos con la túnica de tu misericordia.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOPRIMERA ESTACIÓN (VÍDEO) -

Jesús es clavado en la cruz.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Los han clavado, los siguen clavando, los traspasan una y otra vez.

Los jóvenes que han clavado a la cruz del abuso y del maltrato, que no importa cuántos años pasen, sus pobres cuerpos recuerdan como si fuera hoy mismo el momento en que les rompieron la inocencia en mil pedazos.

Los clavados a la cruz de una substancia que iban a probar solo una vez y ya van tantas veces que se han quedado ahí, colgados de esa cruz sin poderse bajar. Clavados a la tristeza, clavados al vacío, clavados a las malas amistades que no se pueden dejar, clavados a la pobreza y a la marginación, clavados al horror de un mundo que no es un Paraíso, sino un caos horrible que todo lo corrompe.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, Tú te dejaste clavar para nosotros, para que no estuviéramos clavados al pecado, para que no estuviéramos clavados al dolor, mira a tantos jóvenes que están clavados a realidades que los destruyen, confórtalos, consuélalos, sostenlos, y danos la fuerza para mostrarles tu Reino y enseñarles a construir un Paraíso.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCILOSEGUNDA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús muere en la cruz

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Se quedó muerto, como si nunca hubiera nacido del vientre de María, como si nada existiera. Porque si Él, que es la luz, se había apagado... porque si Él, que es la Palabra, se había callado... porque si Él, que era el amor, ya no palpitaba... porque si Él, que era la vida, ya no vivía, entonces no quedaba nada.

Pero quedaba todo. Su amor fue hasta el final y el final era morir de amor, y quien muere de amor vence la muerte y lo hace todo posible.

Lo entendió el soldado romano. No era un hombre. No era uno más. Era el Hijo de Dios. Era la vida que vencía.

¿No deberían ser los hijos los que asistieran a la muerte de sus padres? ¿No deberían ser los jóvenes los que acudieran a la muerte de sus mayores? Pero hoy se nos están muriendo los muchachos. Los niños sin nacer a quienes les han negado el primer y más elemental derecho, el de vivir. Los jóvenes asesinados por la violencia de los barrios, los jóvenes muertos en accidentes de tránsito. Los jóvenes muertos por una sobredosis. Los jóvenes que se quitan la vida. Los jóvenes muertos en escuelas en las que una persona empieza a disparar. Los jóvenes inmigrantes que mueren intentando llegar a una tierra que los salve. Los jóvenes que se nos mueren por una bacteria invencible o por no tener los recursos para quedar sanos.

Y todo joven muerto es una esperanza muerta.

A menos que ahí, con nosotros, esté Jesús.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, no dejes morir a tus muchachos. Tú que eres la Luz, ilumínalos; Tú que eres la Palabra, háblales al corazón; Tú que eres la Vida, levántalos; necesitamos bien viva a nuestra juventud, necesitamos bien viva nuestra esperanza.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN (VÍDEO)

Jesús es bajado de la cruz y puesto en brazos de su Santísima Madre.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Escuchen jóvenes, escuchen. No tienen que quedarse en el cansancio de la vida, en el agotamiento de la existencia.

Lentamente, delicadamente, con cuidado y sabiendo lo frágiles y débiles que somos, Él nos baja de nuestras cruces y nos cuida y nos guarda en su regazo, como una madre a su niño.

Porque ustedes, muchachos, ustedes son la creación del Padre de las que Él se tenía que encargar y por ustedes, para ustedes, para que tuvieran una oportunidad sobre la tierra, Él se entregó y amó hasta el extremo.

Hoy descansen. Cierren sus ojos y descansen. No más, no sufran más, no se hagan mas daño; déjense acunar, déjense querer, déjense salvar y escuchen el arrullo de Dios: fue todo por tu amor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús que estás en brazos de la Virgen María, lleva a tus amados jóvenes a descansar contigo, a descansar en Ti y en tu Madre, en Ti tienen la vida, por Ti tienen a Dios y gracias a Ti la última palabra la tiene el amor.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es sepultado.

V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 38-41)

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús –pero secretamente, por temor a los judíos– pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús a su sepulcro. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con lienzos, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos.

Muchachos, escuchen la voz del Amado, escuchen la llamada de quien realmente los ama. Para Él, ustedes no son etiquetas, para Él ustedes son verdad.

Cada uno de ustedes fue creado a imagen y semejanza de Él, con su luz, con su Palabra creadora en ustedes, con un resplandor en su interior, el resplandor de Dios, con una vida llamada a ser inextinguible, invitada a ser eterna.

No pierdan el rumbo de sus vidas: ustedes no son extravíos, ustedes son encuentro. No se dejen esclavizar: ustedes son auténtica libertad.

No se hundan en el engaño: ustedes no son mentira, ustedes son verdad. Porque ustedes son bellos y bondadosos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos: Señor Jesús, abre las prisiones injustas, rompe las cadenas, levanta a todos de las tumbas y regala a tus jóvenes el amor que los haga sentir amados, la bondad que les muestre su dignidad, la hermosura que les devuelva su belleza y la vida, tu vida, que los haga sentir realmente vivos.

Te lo pedimos a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

CONCLUSIÓN

Hemos completado el camino, al menos simbólicamente.

El verdadero camino aún hay que recorrerlo. Pero sabemos que, si Jesús está, lo podremos caminar mejor. Al fin de cuentas, Él es el camino, la Verdad y la Vida.

No estamos solos. Nunca lo hemos estado. Dios es alegre y joven. Jesús es la misma juventud. Es la plenitud de la vida, erguida y victoriosa, joven, muy joven, más aún, Él es

dulce y tierno a la altura de un joven. Y dice el Evangelio que abrazaba a los niños y los bendecía imponiéndose las manos.

Pues bien, terminemos esta Vía de la Cruz sintiendo su abrazo y dejando venir sobre todos nosotros su amorosa bendición.